

Inocencia vestida de gris

Darian Larissa Pacheco*

Cuando se posan sobre ti un par de ojos inflexibles mientras con un dedo señalan un supuesto acto que resulta alarmante para las personas que habitan en una determinada ciudad, tales acusaciones se convierten en sofocantes dogmas; los feminicidios en Ciudad Juárez, se encuentran adornados con estos.

Son destacables aquellas cosas que representan un problema muy grave, como los incontestables testimonios y sospechas por parte de los amigos y familiares de las víctimas de los asesinatos, la paradigmática fabricación de testigos y los chivos expiatorios, ya que denotan la permisividad del Estado —que busca deslindarse de la responsabilidad que tiene ante la presión de determinados grupos de personas y transferir la culpa a alguien inocente— y la indiferencia de toda una sociedad.

Dentro de los diversos casos que se han presentado a lo largo de estos años, destaca el tristemente célebre suceso de Arroyo El Navajo, sitio en el que fueron encontrados los restos de mujeres víctimas de asesinato por razones de género. En este acontecimiento se detuvo a una serie de personas, que fueron condenadas a una pena de 697 años de prisión. Sin embargo, un hombre a quien se le vinculó con la trata y homicidio de 11 mujeres, que fue sometido a proceso sin encontrar nada, estuvo encerrado alrededor de cinco años de manera injusta. Se trata de Camilo del Real Buendía.

Camilo es un hombre que tenía un próspero negocio de chambelanes, el cual creció hasta el punto de contar con un programa de televisión propio emitido en todas las televisoras de Ciudad Juárez. Además de tener grandes habilidades de negociante, se encontraba a escasos días de su graduación de la licenciatura en Derecho por la UACJ.

En una entrevista que se realizó a Camilo, afirmó que sintió temor al darse cuenta, por medio de sus compañeros de celda, de la “emblemática” pena que se le impondría en caso de hallarlo culpable. Pero tenía la seguridad de que en cualquier momento se desmoronaría ese “castillo de arena” que construían sobre él.

Fue un sinfín de pensamientos los que inundaron a Camilo al momento de ser encerrado. La desesperación, incertidumbre, coraje e impotencia eran sentimientos que no lo dejaban solo ni siquiera en sus sueños, temiendo en todo momento ahogarse en ese mar de mentiras. No obstante, su espíritu de lucha resultó ser más fuerte que todos sus problemas, pues a pesar de estar viviendo dentro de una pesadilla que parecía no tener fin, encontró la calma que necesitaba para lidiar con todo lo que le estaba sucediendo a través de su conciencia limpia y de sus creencias religiosas. Este último aspecto resultó ser lo que más lo ayudó, ya que incluso dentro de la prisión fue enviado a un área específicamente de cristianos, rodeado de individuos que le dieron consejos, le asignaron tareas y actividades que nutrieron su persona. Lo anterior lo llevó a fortalecerse y, a su vez, convencerse de que Dios jamás lo abandonó, pues tuvo la suerte de hallarse ahí y no en otras áreas donde podría estar en riesgo su vida.

Otra de las cosas destacables es el hecho de que sus compañeros se mostraban dudosos con respecto a su inocencia. No fue nadie sino el mismo Camilo quien poco a poco, a través de su actuar, se ganó la confianza de todos ellos; confianza que más adelante terminaría por convertirse en una amistad.

Después de su liberación, debido a la falta de elementos suficientes en su contra para señalarlo como responsable de las muertes de las jóvenes, sus problemas no cesaron, pues ahora tiene encima el peso de la estigmatización.

Tras la liberación de Camilo, los primeros anhelos de éste fueron disfrutar de una gran comida que lo satisficiera, de una taza de café sin apuros y, sobre todo, darle un abrazo a su incondicional y firme defensor, el licenciado Gustavo Martínez Montoya, y a su familia, para así poder comenzar a disfrutar de una vida más colorida después de años de portar una triste y amarga vestimenta gris que sólo representaba la culpa y el peso de algo que jamás cometió.

Cargar con el peso de una infundada culpabilidad dentro de una sociedad sedienta de justicia en casos como el de Arroyo El Navajo, en el que a las madres, padres y familiares de las víctimas sólo queda confiar en la legítima resolución de las autoridades, es una atrocidad que pocos pueden contar desde la libertad.

Esta terrible experiencia que le tocó vivir fue considerada por él mismo como aquello que hizo que surgiera de sí una fuerza que no sabía que tenía y no solamente eso, sino que también lo sensibilizó, haciéndolo disfrutar todo con mayor intensidad y abriéndole los ojos para apreciar la vida cada vez mejor, viendo cosas que antes no veía.

La mayoría del tiempo, la responsabilidad de este tipo de situaciones en las que se encuentran muchas personas que son inocentes no recae únicamente en las autoridades, sino que la sociedad también carga con parte de esta responsabilidad desde el momento en que toma por verdad a los tallos, ramas y hojas de una planta sin tener en cuenta las raíces que, pese a no poder verlas, están ahí. Entonces, motivadas todas estas personas por la sensación de ser agentes de cambio o al menos apoyar moralmente a la captura de los “culpables”, sólo respaldan actos de corrupción y desnutren la conciencia social con respecto a estas problemáticas tan graves de las que cada uno de nosotros pudiera ser víctima alguna vez.

Cargar con el peso de una infundada culpabilidad dentro de una sociedad sedienta de justicia en casos como el de Arroyo El Navajo, en el que a las madres, padres y familiares de las víctimas sólo queda confiar en la legítima resolución de las autoridades, es una atrocidad que pocos pueden contar desde la libertad. El color gris es el reflejo de una ciudad sumida en la desesperanza, en el abandono y la opacidad. Es el símbolo de la desolación generada en un juarense a quien le fue arrebatada la luminosidad de un futuro prometedor por el hecho de estar en el lugar y contexto erróneos. Un contexto en el que, a falta de efi-

ciencia dentro de los aparatos de seguridad y de la ley, aunados a la demanda de justicia por las constantes brutalidades cometidas en esta ciudad, se pretende tapan el sol con un dedo, incluso cuando esté de por medio desmoronar la vida de un inocente.

Pese a su libertad, Camilo no se ha volteado a otro lado dándole la espalda a lo que continúa ocurriendo, ya que considera que no es el único que vivió y que vivirá una experiencia así. De este modo, lo vemos convirtiéndose en un verdadero protestante contra las incorrectas y sucias prácticas de los operadores jurídicos para que los ciudadanos no sigan creyendo todas las mentiras que estos fabrican en apoyo de los medios de comunicación y para no permitir que se siga ensuciando la carrera de Derecho. Alienta así a los jóvenes lectores de este medio a que se unan con valentía a ayudar en el combate de estas irregularidades para limpiar el sistema jurídico de Ciudad Juárez, poniéndose a él mismo como ejemplo de que sí se puede trabajar con la verdad.

*Estudiante de la Licenciatura en Derecho en la UACJ-CU.

Fecha de recepción: 2019-04-09
Fecha de aceptación: 2019-05-23